

tua. Los hermanos penitentes fueron varias veces á recitarle en el patio las oraciones de los agonizantes; la última vez abrieron la puerta y le dijeron que la religión se hallaba dispuesta á perdonar á todo el mundo, y que si quería arrepentirse y morir como un buen cristiano, se pusiese al día siguiente el hábito de la cofradía para marchar al suplicio, á donde todos los penitentes le acompañarían rogando á Dios por su alma.

Este traje que se pone encima del que uno lleva parece una mortaja, cubre manos y pies y arrastra por tierra; bajando su capuchón, que tiene dos agujeros que quedan enfrente de los ojos, se halla la cara completamente cubierta.

Jerónimo, á quien yo había enterado de esta costumbre, aceptó el traje, dando las gracias á los penitentes. Quedó solo; la oscuridad se extendía por el patio y yo entré en él á escondidas antes que lo cerrase el *bargello*.

Creyó éste que por la debilidad propia de mi juventud me había de ser demasiado sensible la vista de un hombre en capilla, y pensaba que por esta causa me había encerrado en mi cuarto

CLXLV

Sin embargo, yo había prometido á Jerónimo que pasaría á su lado la última noche, sin temor de ser descubierta, pues no debía separarse de mí sino ya salvo, ni nadie vería mi cara sino después de muerta en su lugar.

Al decir esto Fior d'Aliza, sus ojos cayeron involuntariamente sobre la cuna en que su encantador niño dormía sonriendo con los ángeles.

— Tan pronto entré en el calabozo de Jerónimo, apagóse la lámpara y todo quedó en la oscuridad. Sentámonos sobre la paja que le servía de lecho, me abrazó por la primera vez sin que yo pusiese resistencia, y la noche de nuestras bodas comenzó con esas palabras que se hallan ocultas en el fondo del corazón, que no se pronuncian sino una vez y que se recuerdan toda la vida.

Noche terrible, en la que nuestras lágrimas eran enjugadas por los besos, y nuestros besos interrumpidos por las lágrimas. ¡Ah! nadie como yo ha experimentado el sentimiento del amor y de la muerte confundiéndose y mezclándose de tal modo que el amor luchaba con la muerte y la

muerte era vencida por el amor. ¡Ah! Dios me libre de hablar de aquella noche. Seria una profanación.

.

CLXLVI

— Jerónimo, le dije cerca del amanecer, levántate, que la claridad del día ilumina ya los barrotes de la reja.

— No, me contestó, aun nos queda tiempo; no perdamos un minuto de este paraíso juntos, ¡quién sabe si volveremos á encontrarlo!

— Vamos, huye, repliqué yo, ó tu amor va á costarte la vida.

— No, repitió, aun no amaneco; es el reflejo de la luna.

Poco después oímos dar las cuatro en el reloj del convento vecino. Jerónimo me dejó bañada en lágrimas sobre la paja que nos servía de lecho, y escapándose de mis brazos que á mi pesar le retenían

— Adiós, me dijo en voz baja, ya en la ventana

cuyos barrotes habia yo limado, soy feliz porque vivos ó muertos somos esposos.

— Hasta el puente del Cerchio, añadió dejándose caer en la huerta.

— Hasta el cielo, dije yo interiormente sin importarme el sacrificio de mi vida.

CLXLVII

Entré por el corredor de la capilla en el calabozo y me quité mis vestidos de hombre; en seguida me puse sobre mi camisa de mujer el hábito de penitente negro, cuyo capuchón ocultaría á todos mi semblante.

Volví á la capilla, puse en su lugar la barra de hierro que habia limado de la ventana, luego me arrodillé ante el altar y comencé á orar con el fervor del que ha pasado la noche sumido en las lágrimas que trae consigo el pecado.

Pero, yo no pensaba sino en la que acababa de pasar en compañía de Jerónimo, y poco en la muerte que arrostraba con gusto por él; y por el carcelero, para que éste no pagase con la suya inocente por el culpable. Ya oía cerca de mí el ruido que producían la multitud de penitentes negros y blancos y los hermanos de la Santa

Muerte que se agolpaban fuera de la reja, murmurando en voz baja las oraciones de los agonizantes.

El *bargello* y su mujer estaban entre ellos llorando y no extrañaban mi ausencia, considerando que mi juventud y la piedad que me inspiraba el prisionero me retenían en mi cuarto.

CLXLVIII

Llegaron los esbirros. Doblaban las campanas de todas las torres de Luca. Un frío glacial corría por mis venas pero no me abandonaban las fuerzas. Púseme en manos de los esbirros como un cordero que se lleva al matadero y salí oyendo los sollozos del *piccinino* y del *bargello* y su mujer, á los cuales apreté la mano para agradecerles sus servicios y su compasión.

La calle estaba llena de gente que dos filas de esbirros detenía á cierta distancia. Los penitentes me rodeaban y seguían y un muchachito iba delante del padre Hilario y de mí pidiendo para los parientes del asesino.

Caminábase lentamente, á causa de mi anciano confesor, que me hacía exhortaciones que no entendía yo y que se paraba de vez en cuando

para darme á besar un Crucifijo. Miraba yo aquel gentío temiendo sólo encontrar á mi pobre padre y mi tía, por si la emoción me hacía caer ante ellos y descubrirme, antes de llegar al lugar de la ejecución.

Pero no vi sino los irritados semblantes de los esbirros y los piadosos y desconsoladores de la muchedumbre. Al pasar por la gran plaza, y delante de la fachada del palacio del Duque, próximo á la muralla en la cual debía morir, vi una bella mujer que enjugaba sus ojos humedecidos por el llanto con un pañuelo, y que entró precipitadamente en el interior del palacio sin duda para no presenciar el suplicio que iba á sufrir el asesino por quien ella rogaba á Dios, ya que no tenía el derecho de gracia que sólo correspondía á su marido el Duque.

CLXLIX

Subí los escalones que conducían á la esplanada de la muralla, y me pusieron sola, con el padre Hilario y el verdugo, contra el parapeto del Cerchio, para evitar que las balas matasen algún inocente que se encontrase fuera del muro, al otro lado del río. Un pelotón de una docena de

esbirros, á las órdenes de un oficial y armados de sus carabinas, cargaron sus armas en mi presencia, alineáronse y se dispusieron á ejecutar las órdenes del jefe.

¿Creerá usted, señor, que en aquel instante terrible, en el cual todo un pueblo detenía hasta el aliento esperando la voz que iba á mandar matar un hombre, ni siquiera palideci? Yo no pensaba sino en que moría por él y esperaba la voz de mando con más impaciencia que temor.

— ¡Soldados! gritó por fin el oficial — ¡preparen!

Los soldados me apuntaron; pero en el mismo momento, el verdugo se avalanzó hacia mí con precipitación, y bajándome con mano firme y violenta el capuchón y el hábito de penitente hasta la cintura, me presentó casi desnuda á los ojos de los soldados y de la multitud.

Yo creí que moría de vergüenza al verme con mi seno medio descubierto ante los soldados. ¡Ah, Dios mío! La muerte no es más terrible que lo que yo pasé en aquel minuto. La muchedumbre estupefacta no respiraba.

CC

De pronto dejóse oír un grito del lado de la escalera. Un hombre se lanzó rompiendo la fila de los soldados y cayó exánime á mis pies gritando.—¡Deteneos! ¡Deteneos! ¡soy yo! La vista se me oscureció, dióme vueltas la cabeza y caí sin sentido en brazos de mi esposo.

Al oír Jerónimo el doble de las campanas y no verme llegar al puente, punto de la cita, sospechando algo de lo que sucedía, entró en Luca, voló hasta la puerta de la prisión y sabiendo allí por el *piccinino* que los esbirros me llevaban al suplicio, se presentó reclamando á gritos su derecho á la muerte.

Como ya dije, caí desvanecida en aquel momento; al volver de mi letargo me encontré en un verdadero paraíso, en medio de una habitación, rodeada de flores, de cuadros y de estatuas que parecían mirarme, y de todas las doncellas de la Duquesa, las cuales me daban á aspirar un frasco de delicioso olor; y en presencia también de una bellísima joven que lloraba contemplándome.

Esta hermosa joven, como después supe, era la misma duquesa de Luca, la soberana, y soberana de veras, de belleza, bondad y piedad por sus súbditos. Nada puedo decir de lo que allí pasó. Yo vivía pero estaba como en un sueño. Dicen que me interrogó, que le contesté, que se enterneció y que envió una orden, no de perdón, sino de suspender la ejecución hasta la vuelta del Duque.

CCI

Jerónimo volvió á su calabozo y á mí me confió la duquesa al cuidado de la mayordoma mayor de palacio, para que me pusiese en el convento de las Magdalenas de Luca, hasta tanto que mi padre y mi tía viniesen á buscarme.

¡Ah! cuántas bendiciones la prodigamos cuando llegó este ansiado día, y cuando la mujer del *bargello*, salvada de toda sospecha por mi plan, vino con ellos á buscarme para acompañarnos hasta nuestra cabaña. El pequeño Zampoña, loco de contento, como nosotros, saltaba alegremente al subir la montaña, como si tuviese la esperanza de encontrar en ella al desventurado Jerónimo.

CCII

— Pero ¡ah! no estaba. Ahora tenía que permanecer solo en su calabozo, cargado de cadenas cerca de seis semanas, hasta que las cacerías imperiales de Bohemia concluyesen y el Duque volviera á sus estados. Entonces le enteraría el Ministro del estado de la causa; ésta preocupaba mucho á todo el mundo, después que los esbirros casi fusilan una joven *sposa* en lugar de su marido.

Durante este tiempo consiguió el padre Hilario probar al doctor Bernabo las maldades que llevó á cabo Calamayo para favorecer las intenciones del capitán de los esbirros y la falsedad de los documentos que había inventado para despojarnos de nuestros bienes. En vista de esto se decidió que hasta tener más amplios pormenores volviesen mi padre y mi tía á disfrutar de la propiedad de la casa, la viña y el castaño, y que la pena de muerte á que había sido condenado Jerónimo, se conmutase (y esto por no dejar en mal lugar á los esbirros) en dos años de galeras; pero como el estado de Luca no tenía marina, un tratado con la Toscana obligaba á este Estado á recibir los

condenados de Luca á bordo de las galeras de Liorna.

El padre Hilario, al pasar por aquí cada semana, nos informaba de todos estos pormenores ¡Ah! ¡Qué de gracias dimos á la divina Providencia al saber la conmutación de la pena!

— Éste, que ya yo llevaba en mi seno, conocería á su padre, dijo extendiendo la mano izquierda hacia la cuna, á la vez que con la derecha llevaba á sus ojos cegados por el llanto el extremo de su delantal.

— ¡Ah sí! exclamó entonces la tía, la pobre estaba en cinta.

Calláronse todos y Fior d'Aliza cogió su niño en brazos y se separó algo de nosotros para darle de mamar.

CCIII

— Ahora, señor, dijo pasado un momento la tía, hilando su copo de lino, yo contaré á usted lo que pasó después gracias á Dios y á la bondadosa Duquesa. Ésta no sospechaba que Fior d'Aliza llevaba en su seno una prenda de amor y de agonía, pero el amor es más fuerte que la muerte, como he oído leer en un libro santo; sabía sólo

por el Obispo que se habían casado, y que ella no consentiría jamás en abandonar á su marido á su pena y vergüenza en Liorna, sin ir ella allí á consolarle en medio de sus rudos trabajos; y por medio del padre Hilario le envió una carta de recomendación para la superiora de las hermanas de caridad de San Pedro, convento de Liorna, que precisamente se ocupaban en cuidar los galeotes enfermos. Estas buenas hermanas dieron á la pobre montañesa un abrigo, permitiéndoles salir de día para que viese á su marido.

CCIV

Pero aquí está Fior d'Aliza, que puede concluir la relación. Volvió á ocupar la bella *sposa* el sitio que había dejado y continuó:

— Partí sola y á pie con dicha carta, prometiendo á mi padre y tía volver de Liorna todos los sábados para traerles algo para la vida y pasar en su compañía los domingos, único día de la semana en el cual no salen los galeotes.

¡Ah! ¡Cuántas lágrimas derramamos al pie de la montaña! Pero en fin, la esperanza de vernos todas las semanas y que no era eterna la ausencia de Jerónimo, nos servía de consuelo.

Caminé desde la salida del sol hasta que se puso, con el pañuelo echado sobre la cara, para que al verme joven y sola, no fuesen á creer los que me encontraban, que era una de esas desgraciadas, que van á las grandes ciudades en busca de algún dinero á cambio de sus gracias.

La noche había cerrado cuando llegué á la ciudad y entré por la puerta confundida entre numerosas familias conocidas de los carabineros.

Di gracias á la Madona que, alumbrada por una pequeña lámpara, había en la puerta y en seguida pregunté por el convento. Tomáronme por hermano de algún galeote y me dieron las señas. Al llegar al convento y llamar no quiso al principio abrirme la hermana portera, porque era ya muy tarde, pero luego le inspiré alguna confianza ó compasión y me hizo entrar y sentarme mientras llevaba la carta á la superiora.

CCV

Era ésta una señora ya anciana y severa que después de leer la carta vino al locutorio para verme é interrogarme. Cuando me miró é hizo algunas preguntas acerca de mi embarazo, exclamó :

— No, hija mía, la Duquesa no pensó en que no podíamos admitirte en una casa como la nuestra.

Pero para dispensarte, tanto como es posible, la protección de la Duquesa, aquí en el patio hay un cobertizo que haré limpiar y poner una puerta, y en el cual podrás pasar la noche siempre que entres antes del *Ave Maria* y no salgas sino después del *Ave Maria* de la mañana. Haré que la hermana portera te lleve la comida todos los días y yo misma iré á verte á menudo para prestarte el consuelo y ayuda de que sin duda eres digna, por la simpatía que comienzas á inspirarme. Podrás también oír nuestra misa por la ventana de los servidores del monasterio.

CCVI

Dicho esto, pareció enternecerse, me abrazó, limpió mi frente humeda de sudor y encargó á la hermana portera de amarrar los perros que andaban sueltos en el patio para evitar que me hicieran daño al encontrar una persona extraña.

Pero esta orden estaba demás. Los perros no

eran malos y desde luego parece que comprendieron que yo no era peor que ellos.

Tendíme en mi lecho de paja y dormí como una marmota.

CCVII

El día siguiente púseme ropa de hombre que con la cornamusa había traído para pasar por un *pifferaro*.

Los centinelas me dejaron atravesar la verja del arsenal y penetrar en el patio interior de los galeotes. Entre nosotros no se impide á éstos el oír las tocatas de sus montañas y hablar, mientras no trabajan, con sus padres ó parientes.

Jerónimo dormía, pero yo me acerqué al sitio que me habían indicado y dejé hablar á la cornamusa. De pronto oí un ruido y era que de un salto se acercó á la reja.

¿Eres tú Fior d'Aliza? exclamó.

La cornamusa se cayó de mis manos y sentí sus labios en mi mejilla.

CCVIII

Lo que nos dijimos, señor, ni el mismo viento lo sabe porque no hubiera podido pasar entre su boca y la mía. Estuvimos juntos una parte de la mañana y me despedí prometiéndole verle todos los días, excepto los domingos.

Los sábados venía á la montaña á dar noticias á mi padre y tía y á traerles algo de lo que había ganado, y volvía á Liorna á pasar los días cerca de mi *sposo* oyéndole quejarse de la fiebre y velando cuando el dormía. ¡Cuántos meses, señor, pasamos así! él cada vez más languido y yo siempre fuerte.

Una noche me sentí indispueta. La hermana portera fué á buscar una partera, pero cuando ésta llegó encontró una hermosa criatura á mi lado. En seguida que pude, la llevé á recibir las caricias de su padre y poco después las de sus abuelos. ¡Ah, cuánta alegría aquel día en la cabaña! El padre Hilario la bautizó poniéndole el nombre de Beppo.

Ya tenía yo dos cuidados en vez de uno. Llevaba á mi niño por donde quiera que iba, y cuando estaba al lado de su padre pasaba algunas veces

sus manecitas por entre los barrotes de hierro y jugaba con las cadenas de Jerónimo.

Esto reanimaba á Jerónimo. Había yo casi olvidado nuestras desgracias, y cuando tocaba la cornamusa en las calles, parecía que el niño oía la música y llamaba la atención de la gente.

CCVIX

Pero se reunía demasiada gente en la calle y la superiora me llamó para decirme que tanto el niño como yo estábamos demasiado hermosos para permanecer más tiempo en Liorna. Que nuestra presencia daba lugar á conversaciones á causa de qué, aunque nada podía reprochárseme por tener un hijo, pocos conocían su origen; y que convenía me fuese á la montaña á esperar la conclusión de la condena de Jerónimo, que sólo le faltaban ya seis semanas para volver á ser libre.

Dile gracias por sus bondades, me despíde llorando de Jerónimo, á quien dejé la cornamusa como recuerdo de mi ausencia, y me vine á la cabaña con mi hijo. Mañana harán justamente seis semanas que amaneci en la montaña, talvez llega

él en este momento al puente de Luca en donde tanto lloré yo un día.

Diciendo esto puso el oido del lado del puente.

CCX

Prestamos todos atención y pasado un momento oímos á lo lejos un débil sonido que á poco reconoció Fior d'Aliza como de la cornamusa de Jerónimo.

— ¡Él es, él es! exclamó con indescriptible alegría, y cogiendo el niño en sus brazos se lanzó, con la rapidez de una piedra lanzada de lo alto, al encuentro de su marido.

En un abrir de ojos desapareció y quedé solo con los viejos.

.

Hubiera querido asistir á esta escena de amor y cariño en aquella soledad, pero pensé que la suprema felicidad, como los dolores extremos, tienen misterios que nadie debe profanar, y sali de la cabaña seguido de mi perro.

CCXI

En otra ocasión llegué hasta el gran castaño; las últimas hojas del otoño caían al impulso del viento que soplaba con toda su fuerza en la montaña.

Fior d'Aliza jugaba con su hijo bañada por los rayos del sol que caían por entre las ramas del árbol; el padre y la madre cogían castañas, y Jerónimo labraba la tierra.

La felicidad parecía incrustada en aquellas caras, como si ningún accidente de la vida pudiese alterarlas.

El padre Hilario no podía salir ya del convento á causa de sus achaques y le preparaban una cesta de escogidas castañas que al día siguiente debían llevar al monasterio Jerónimo y Fior d'Aliza, como débil muestra de su agradecimiento.

CCXII

Entré con ellos en la cabaña, en la cual me obsequiaron lo mejor que pudieron. Todo respiraba

felicidad; hasta el perro demostraba su alegría, probándome una vez más cuánta parte toman estos animales en las penas y goces del hombre.

Jamás había estado más hermosa Fior d'Aliza: llevaba su niño como una virgen de Rafael, ignorando como le había dado el cielo aquel ángel en una noche de muerte.

— ¡Qué Dios bendiga por siempre este árbol, esta choza y esta familia! dije entre mi al retirarme ¡Qué la felicidad que hoy siente se perpetúe de edad en edad y de generación en generación!

FIN